

TALLER DE NARRATIVA DEL C.C.U., COORDINADO POR: SILVIA MOLINA

EL MAYORDOMO

por Lucio Rivera T.

Después de varias horas de viaje, el jinete avanzaba por el camino arenoso.

Atardecía y el sol reverberaba en la llanura. A lo lejos volaban varios zopilotes en círculos, tan lentamente, que daban la impresión de estar suspendidos en el cielo intensamente azul.

Y más lejos una hilera de cerros calizos. En tanto que a los lados del camino, crecían mezquites, nopales y cactus, muy distanciados unos de otros.

Con sus ojos semicerrados por el cansancio y por el sopor del sueño, el jinete buscaba en aquella soledad interminable, algún lugar donde pernoctar.

Escuchaba el trote del caballo y el silbido del viento en la planicie. Y al ver proyectadas las sombras de los cactus en el suelo, en medio de su imaginación, las comparaba con monstruos que quisieran atraparlo.

Al llegar a la cima de una colina, vio a lo lejos una hacienda, situada en una hondanada, y hacia ella se dirigió.

Cuando llegó, el sol se había ocultado y la penumbra cedía rápidamente a las sombras de la noche. Descendió de su caballo, lo amarró de la rama de una acacia y dirigiéndose hacia la puerta, levantó el aldabón de bronce y tocó tres veces.

Instantes después, una luz comenzó a iluminar las rendijas de la puerta.

De pronto escuchó:

—¿Quién es? ¿quién toca est' hora?

—Un forastero, que pide posada por esta noche—, fue la respuesta.

La puerta al abrirse produjo un chirrido fuerte, y de inmediato la luz del quinqué iluminó al recién llegado.

La persona que llevaba el quinqué era un anciano de baja estatura y cuyos ojos casi sin brillo, miraron con curiosidad al forastero.

—Pase, pase asté—, dijo.

—Gracias —contestó el forastero, y agregó—: Permítame meter mi caballo.

Amarró el caballo a un pilar, lo desensilló, le dio cebada y un poco de agua en el balde. Cuando terminó, el anciano lo condujo a la cocina. En el brasero había una olla con agua hirviendo.

—Llega asté a tiempo pa' tomar el café—, comentó.

Para corresponder, el forastero sacó de un envoltorio una tira de cecina, la cual el anciano puso a asar.

—Perdone la pregunta ¿cómo se llama su mercancía? —interrogó el anciano, mientras volteaba la cecina en el fuego.

—Antonio Henestrosa ¿y usted?

—Anselmo García. Soy el mayordomo de esta hacienda, desde hace veinte años. Mis patronos viven en Uropa, desde que comenzó la bola y me quedé cuidando su propiedad.

Mientras cenaban, platicaron del tiempo, de las cosechas y de otras cosas triviales. De repente, se comenzaron a escuchar unos quejidos, despacio al principio y después, cada vez más fuertes.

—¿Se queja algún enfermo? —preguntó intrigado el señor Henestrosa.

—No, no es eso—, contestó muy tranquilo don Anselmo—, todas las noches a est' hora se oyen estos quejidos, tan es ansina que me he acostumbrado, pero tardan poco y a luego no se oye nada.

Y continuó:

—Cuentan las gentes del pueblo vecino, que son las almas en pena, pos hace muchos años hubo una pelea en esta hacienda. Los pelones fueron vendidos por los rebeldes, y los que quedaron vivos, fueron colgados de las acacias que crecen junto al arroyo.

El señor Henestrosa incrédulo ante esta leyenda, pensó: “Bah, estas gentes aún creen en aparecidos”.

Agotados los temas de conversación, el anciano tomó el quinqué y dirigiéndose al forastero, comentó:

—Güero, pos es hora de dormir, mañana hay que madrugar.

—Sí, ya es tarde—, reafirmó el forastero.

El anciano condujo al señor Henestrosa hacia una de las habitaciones, y señalando un rincón donde había unos costales tendidos, le dijo:

—Pa’ que se acueste.

Don Anselmo se despidió, deseándole que pasara una buena noche. Cerró, y mientras se retiraba, la luz del quinqué se fue desvaneciendo a través de las rendijas de la puerta.

Debido al cansancio, el señor Henestrosa comenzó a dormitar, sintiendo que su cuerpo se aligeraba.

Súbitamente, su cansancio se desvaneció.

Sus ojos acostumbrados a la oscuridad, se fijaron en el techo y observó que las estrellas cintilaban, dirigió la vista hacia toda la habitación y se dio cuenta de que estaba en ruinas.

Se levantó, corrió hacia el patio y gritó:

— ¡Don Anselmo . . . ! ¡don Anselmo . . . !

De no ser por el silbido del viento y el canto de los grillos, el silencio sería absoluto.

Sintió que un calosfrío recorría todo su cuerpo. Apresuradamente desamarró su caballo, lo montó y abandonó las ruinas de la hacienda.

Cabalgó un gran trecho por el camino polvoriento. Sin poderlo evitar, volvió su rostro y observó en la hondonada los derruidos paredones, y los contornos difusos de las acacias que crecían junto al arroyo.

